

SAN NORBERTO DE XANTES (6 de junio)

2º-3º

Vicente García S.

San Nor - ber - to, bue - no, san - to, se tra - gó u - na a -
ra - ña con es - pan - to. La be - bió con vi - no a - gria - do, sa -
bien - do que no e - ra lo más sa - no. Des -
pués de pi - car - le na na - riz, ¡A - chís! La es - tor - nu - dó
muy fe - liz. Y des - de en - ton - ces en Xan - ten, cuan - do es - tor - nu - das, se a
cuer - dan del san - to y de ri - sa, ji, ji, ji, se
par - ten. ¡A - chís! Y de ri - sa, ji, ji, ji, se par - ten. ¡A - chís!

<https://ideaswaldorf.com/san-norberto-de-xantes/>

Hubo una vez, hace muchísimos años, un niño llamado Norberto. Vivía en un lugar frío y antiguo que se llamaba Xanten, muy lejos de aquí, donde los inviernos son tan largos que a veces el sol se va de vacaciones y no quiere volver.

Norberto era un niño alegre, bullicioso y siempre estaba buscando diversión. Le encantaba reír, contar chistes (aunque no siempre tuvieran gracia) y, sobre todo, le encantaba comer. Y no cualquier cosa: pasteles de miel, quesos apestosos que todo el mundo tapaba con un paño, chorizos ahumados que colgaban del techo de la cocina, y pan recién horneado con mantequilla derretida que goteaba entre los dedos.

Cuando su madre le servía la cena, Norberto pedía repetir. Luego repetía otra vez. Y a veces una tercera, aunque ya no cupiera ni un bocado más.

—*Norberto, vas a reventar* —le decía su madre.

—*Pues será un reventón muy sabroso* —respondía él, con las mejillas tan llenas que apenas podía hablar.

Una vez, en la boda de su primo, Norberto se comió él solo una pierna de cordero entera. Los invitados se quedaron mirándolo con los ojos como platos. Su padre, avergonzado, le susurró al oído:

—*Hijo, deja algo para los demás.*

—*Ya dejo* —dijo Norberto con la boca llena—. Les dejo los huesos.

Además de comer, a Norberto le gustaba vestir bien. No soportaba la ropa fea ni los zapatos viejos. De joven, cuando se hizo caballero, llevaba capas bordadas con hilo de oro, botas de cuero brillante que crujían al andar, y un casco con plumas rojas que se movían como un gallo enfadado.

Cuando cabalgaba por el pueblo con su caballo blanco, la gente se asomaba a las ventanas y decía:

—*Mira, allí va Norberto, que parece un pavo real con espada.*

Y Norberto se sentía muy orgulloso. Se pasaba horas delante del espejo, peinándose el bigote y ajustándose la capa. No era malo, pero sí un poco presumido y bastante glotón.

Le encantaba organizar fiestas en el castillo. Invitaba a decenas de amigos, traía músicos de tierras lejanas, y las mesas se llenaban de capones asados, empanadas de lamprea, frutas escarchadas y barriles de vino que nunca se acababan. Sus amigos le decían que algún día se iba a quedar sin dinero de tanto gastar en banquetes, pero Norberto no les hacía caso.

—*El dinero es para gastarlo* —decía, levantando una copa—, *y la panza es para llenarla. ¡Salud!*

Una noche, después de una fiesta especialmente larga, Norberto se quedó dormido boca abajo sobre la mesa, con la cabeza apoyada en una fuente de huesos de pollo. Al día siguiente le dolía todo: la tripa, la cabeza, y también un poco la conciencia. Pero eso no le impidió repetir la fiesta al domingo siguiente.

Norberto tenía tres amigos muy diferentes a él.

Uno siempre estaba triste. Si llovía, suspiraba. Si hacía sol, suspiraba igual. Pasaba las horas mirando por la ventana, escribiendo versos sobre hojas que se caían de los árboles. Una vez, en una fiesta, se comió una uva y dijo:

—*Esta uva está deliciosa... pero pronto se acabará, y entonces volveré a estar vacío por dentro.*

Los demás se miraban sin saber qué decir. Norberto le daba una palmada en la espalda y le decía:

—*¡Come otro pastel y verás cómo se te pasa!*

Pero el amigo triste y meditabundo suspiraba y volvía a su ventana.

Otro amigo suyo era el hombre más tranquilo del mundo. Nunca se enfadaba, nunca se apresuraba, nunca se emocionaba. Si un caballo se le escapaba, decía: "*Bueno, ya volverá*". Si se le quemaba la comida, decía: "*Otra vez será*". Si alguien le gritaba, se quedaba mirando al suelo y respondía media hora después. Norberto le decía:

—*¡Corre, que vamos a llegar tarde!*

Y el amigo tranquilo, muy despacio, levantaba la vista y decía:

—*Ya llegaremos... o no... da igual.*

El tercer amigo se enfadaba por todo. Si le servían la sopa fría, tiraba la cuchara. Si le servían la sopa caliente, decía que le quemaba. Si alguien reía muy fuerte, gritaba que le daba dolor de cabeza. Una vez, porque una mosca se posó en su nariz, estuvo toda la tarde dando golpes en la mesa. Norberto le decía:

—*Cálmate, que no es para tanto.*

Pero el amigo enfadado se ponía rojo como un tomate y contestaba:

—*¡Es para tanto y para más!*

Pues bien, un día a Norberto le ocurrió algo que le cambió la vida para siempre.

Cabalgaba solo por un camino de montaña, muy contento con su capa azul nueva, la más cara que había comprado nunca. Iba silbando una canción y pensando en la cena que le esperaba. De repente, el cielo se puso negro como boca de lobo. Oyó un trueno a lo lejos. Luego otro. Luego un estruendo tan enorme que parecía que el mundo se partía en dos.

El caballo relinchó, se encabritó, y un rayo cayó a su lado. Tan cerca que la tierra tembló y el olor a azufre llenó el aire. El caballo salió disparado montaña abajo, dejando a Norberto tirado en el barro, patas arriba, como una tortuga boca arriba.

Allí estaba él, con su capa azul hecha un desastre, la cara llena de tierra, el queso que llevaba para merendar rodando por el suelo, y la botella de vino hecha añicos. Se quedó quieto, mirando al cielo. La lluvia le caía en la nariz. Los truenos se alejaban lentamente.

Norberto parpadeó un par de veces, se incorporó con trabajo, y dijo en voz alta, aunque no había nadie escuchando:

—*Señor... creo que me has llamado la atención.*

Y Dios, desde el cielo, no dijo nada. Pero Norberto entendió que tenía que cambiar. Y no un cambio pequeño, de esos que duran un par de días. Un cambio gordo, de los que duelen al principio pero luego dan paz.

A partir de aquel día, el alegre glotón se convirtió en otro hombre. No perdió su alegría, pero aprendió a usarla para animar a los tristes. No dejó de comer bien, pero aprendió a compartir su comida con los pobres. No abandonó su gusto por vestir con dignidad, pero cambió las capas bordadas por una túnica sencilla.

Repartió todas sus riquezas. La capa azul se la dio a un mendigo que tiritaba de frío en la puerta de la iglesia. El caballo blanco lo regaló a un convento para que ayudara a arar los campos. Las botas brillantes las cambió por unas sandalias viejas que crujían de otra manera. Se hizo cura, y luego obispo.

Sus amigos no entendían nada.

—*¡Pero si era tan divertido!* —decía el amigo triste, suspirando—. *Se ha vuelto serio. Todo es triste.*

—*Cada uno hace lo que quiere* —decía el amigo tranquilo, encogiéndose de hombros—. *O no. Da igual.*

—*¡Es un tonto!* —gritaba el amigo enfadado—. *¡Tirar su capa azul! ¡La capa más bonita del mundo! ¡me pone nervioso!*

Pero Norberto no les hacía caso. Había encontrado algo mejor que las fiestas y la buena comida: ayudar a los demás. Pasaba los días rezando, visitando enfermos, construyendo hospitales y compartiendo la comida con los pobres. Ya no pedía repetir. Ahora ofrecía su plato al que no tenía nada. La gente del pueblo lo quería mucho, aunque algunos le seguían teniendo cariño por aquel Norberto antiguo que una vez se comió una tarta entera él solo en una apuesta.

Pero hay una historia de Norberto que los niños recuerdan más que ninguna. Ocurrió cuando ya era un hombre mayor, con la barba canosa y las manos callosas de tanto trabajar por los demás. Sucedió dentro de una capilla pequeña, en una mañana de invierno muy parecida a todas las demás.

Norberto se levantó antes de que saliera el sol, como hacía cada día. Se puso su túnica blanca, se lavó las manos con cuidado, y bajó los escalones de piedra que llevaban a la capilla. Le encantaba ese momento. La capilla estaba en silencio, apenas iluminada por una vela que temblaba como si tuviera frío, y desde el techo se oían pasitos menudos y susurros de alas. Eran los ratones y los murciélagos que vivían en las vigas. Norberto no les hacía caso. Él solo miraba al altar.

Preparó el cáliz —*una copa de metal brillante que había pertenecido a su abuelo*— y vertió un poco de vino tinto, oscuro como las cerezas maduras. Iba a añadir unas gotas de agua, como mandaban las antiguas costumbres, cuando de repente ocurrió algo inesperado.

Desde lo alto, muy despacio, **una araña** se dejó caer. Cayó girando sobre sí misma, sujetándose a un hilo invisible, y fue a parar justo dentro del cáliz. ¡PLAF!

La araña era gordita, de color marrón oscuro, con ocho patas largas y peludas. Flotaba sobre el vino como si fuera un barquito de vacaciones, moviendo las patas con una calma que daba envidia. No parecía asustada. Más bien parecía que se estaba bañando y que le gustaba el agua, aunque el agua fuera vino.

Norberto se quedó mirando el cáliz con los ojos muy abiertos. Luego miró al techo. Luego volvió a mirar la araña. Luego miró otra vez al techo. Sus manos temblaban un poco.

—¡Ay, Santa María, qué apuro! —susurró, porque no quería gritar dentro de la iglesia.

Se quedó allí, parado, sin saber qué hacer. La vela temblaba. La araña flotaba. Pasaron los segundos. Pasó un minuto entero.

Primero pensó en tirar el vino al suelo. Pero no podía. El vino ya estaba preparado para la misa, y derramarlo habría sido una falta de respeto muy grande. Eso nunca se hace.

Luego pensó en meter los dedos en el cáliz para sacar la araña. Pero le daba un poco de asco. Además, sus manos estaban limpias, y no quería mancharlas con vino antes de la consagración.

Podía también esperar a que la araña saliera sola. Pero la araña no tenía ninguna prisa. Parecía muy a gusto allí, nadando en el vino como si fuera un lago.

Norberto suspiró. Miró al cielo. Miró la araña. Miró otra vez al cielo. Cerró los ojos un momento, respiró hondo, y tomó una decisión muy valiente.

Se llevó el cáliz a los labios, juntó las manos, y se lo bebió entero. Con vino, con araña y con todo.

Tragó una vez. Sintió algo redondo y blandito que le bajaba por la garganta. Tragó otra vez. El vino estaba bueno, pero el bultito seguía bajando. Norberto dejó el cáliz sobre el altar y respiró hondo. Hizo una pequeña mueca, pero no dijo nada.

Terminó la misa como pudo. Cantó las oraciones, repartió la bendición, ayudó a los fieles que se acercaban a comulgar. Su voz no tembló, aunque por dentro temblaba todo. Su cara estaba pálida como la nieve, y su frente sudaba un poco, aunque en la capilla hiciera frío. Por dentro pensaba una y otra vez:

—¿Y si la araña era venenosa? ¿Y si me pica el estómago? ¿Y si me muero aquí mismo, delante de todo el pueblo, con la túnica blanca y todo?

Cuando se quedó solo en la capilla, Norberto se arrodilló ante el altar. Apoyó los codos en la madera, escondió la cara entre las manos, y se quedó muy quieto. Solo esperaba. Tal vez le dolería la tripa. Tal vez le entrarían ganas de vomitar. Tal vez la araña le haría algo malo por dentro.

Pero no pasaba nada. Bueno, sí pasaba algo: le picaba la nariz.

Al principio fueron unas cosquillas muy pequeñas, casi invisibles. Norberto se frotó la nariz con la manga. Las cosquillas no se fueron. Se hicieron más grandes, más insistentes. Ahora le picaba mucho, justo en el interior de la fosa nasal derecha. Norberto abrió la boca, frunció los ojos, y contuvo la respiración. Pero no pudo más.

—¡ACHÍÍÍÍÍ!

El estornudo fue tan fuerte que la vela se apagó. El humo subió en espiral. Un ratón que dormía detrás del altar salió corriendo y se escondió en un agujero de la pared. Las telarañas del techo se movieron todas a la vez, como si hubiera pasado un viento invisible. Norberto tuvo que agarrarse al altar con las dos manos para no caerse de rodillas.

Cuando abrió los ojos, recuperó el aliento y se incorporó lentamente, vio que algo había salido volando de su nariz y había caído al suelo, justo delante de él.

La araña estaba allí, patas arriba, moviendo las patitas lentamente. Viva. Sana. Como si nada hubiera pasado. Norberto se quedó mirándola un buen rato, boquiabierto, sin saber si reír o dar gracias. Hizo las dos cosas. Primero se rió, bajito, luego más alto, hasta que la risa le llenó toda la capilla. Luego se santiguó y dio gracias a Dios por aquel estornudo milagroso.

La araña se dio la vuelta con mucha calma, estiró una pata, luego otra, y empezó a subir por la pared de piedra. Subió muy despacio, sin ninguna prisa, igual que había bajado. Subió, subió, y se perdió otra vez entre las sombras del techo.

Norberto se quedó mirando hacia arriba un buen rato, aunque ya no se viera nada. Luego encendió otra vez la vela, recogió el cáliz, y salió de la capilla. Afuera empezaba a amanecer, y los pájaros cantaban en los tejados como si no hubiera pasado nada. Pero Norberto sabía que había pasado algo importante.

A partir de aquel día, antes de cada misa, Norberto miraba bien el cáliz. También miraba el techo, por si acaso. Y cada vez que le picaba la nariz, se acordaba de la araña y se reía para sus adentros.

Nunca más volvió a caer ningún bicho en el vino. Pero si alguna vez ocurría, Norberto ya sabía lo que había que hacer: tragar con fe, esperar un poco, y luego estornudar con todas las fuerzas.

Los niños de Xanten, que siempre estaban atentos a las historias de su santo favorito, aprendieron una cancioncilla. La cantaban en corro, cuando salía el sol, con las manos cogidas y la nariz bien despejada. La cantaban bajito para no despertar a los mayores, y decía así:

San Norberto, bueno, santo
se tragó una araña con espanto.

La bebió con vino agriado,
sabiendo que no era lo más sano.

Después de picarle en la nariz,
¡achís!

la estornudó allí muy feliz.

Y desde entonces en Xanten,
cuando estornudas, se acuerdan del santo
y de risa, jijiji se parten, ¡Achísss!
y de risa, jijiji se parten, ¡Achísss!